

Palabra - signo - símbolo

por

Heinz Schulte-Herbrüggen

La capacidad del hombre de formar y de comprender símbolos ha sido destacada generalmente como su rasgo distintivo más trascendental, en cuanto le permitió elevarse sobre lo vitalmente necesario y crear el mundo de la cultura, de los valores. Dentro de ello ocupa la palabra una posición clave, constituyendo en cierto modo la condición previa para todos los restantes signos de finalidad comunicativa consciente. Preguntémosnos, por ende, en qué consiste el simbolismo lingüístico, cuáles son los elementos que producen el significado de una palabra y en qué se distingue ésta de los restantes signos y de los símbolos.

Para responder a estas preguntas podemos partir de las fases del acto comunicativo humano. Cuando en una conversación un hablante se ve impulsado a transmitir un contenido de su conciencia a un interlocutor, produce con su aparato articulador movimientos extremadamente precisos mediante los cuales pone el aire circundante en vibración. Las vibraciones de aire tropiezan con el nervio auditivo del interlocutor, y éste transforma los estímulos recibidos en la respectiva representación mental, en el caso de que la comunicación tenga el resultado deseado.

El proceso mismo puede subdividirse en una fase psíquica, es decir, la formación de imágenes verbales en la conciencia del locutor y la transformación de los estímulos recibidos en el contenido de conciencia correspondiente por parte del interlocutor; en

una fase fisiológica, la transformación de la representación verbal en movimientos musculares del aparato articulador por parte del locutor y la recepción de estímulos de parte del interlocutor; y, finalmente, en un fenómeno físico, las ondas sonoras, las vibraciones del aire en el espacio.

Los procesos psíquicos internos en los locutores están sustraídos a la observación, llevándose a cabo en la esfera neuronal, en las células cerebrales. El proceso fisiológico de la articulación y de la recepción de los estímulos, en cambio, es descriptible, como asimismo las propiedades acústicas de las ondas sonoras.

Estas ondas sonoras forman la base material de la palabra o, como muchos prefieren decir, del signo lingüístico. Éste comparte con otros signos la particularidad de que está en lugar de algo distinto, que no es él mismo; o, como lo define San Agustín (en *De Doctrina Cristiana* II, 1): "El signo es toda cosa que además de la fisionomía que en sí tiene y presenta a nuestros sentidos, hace que nos venga al pensamiento otra cosa distinta". La palabra tiene, como los otros signos, la peculiaridad de ser algo sensorialmente perceptible que entra por los sentidos en nuestra conciencia. Ésta posee en el signo algo fijo, que le sirve de punto de apoyo al que puede volver siempre de nuevo y que puede producir cuando quiere.

Desde los antiguos se distingue entre signos naturales y signos artificiales. San Agustín explica la diferencia (en *De Doctr. Crist.* II, 2) diciendo que los signos naturales "son aquellos que, sin elección ni deseo alguno, hacen que se conozcan mediante ellos otra cosa fuera de lo que en sí son. El humo es señal de fuego, sin que él quiera significarlo; nosotros con la observación y la experiencia de las cosas comprobadas reconocemos que en tal lugar hay fuego, aunque allí únicamente aparezca el humo. A este género de signos pertenece la huella impresa del animal que pasa, lo mismo que el rostro airado o triste demuestra la afección del alma aunque no quisiera significarlo el que se halla airado o triste". Respecto a los signos convencionales dice un poco más adelante que "son los que

mutuamente se dan todos los vivientes para manifestar, en cuanto les es posible, los movimientos del alma, como son las sensaciones y los pensamientos. No tenemos otra razón para señalar, es decir, para dar un signo, sino el sacar y trasladar al ánimo de otro lo que tenía en el suyo aquel que dio tal signo". Y la importancia de la palabra y su peculiaridad frente a todos los otros signos la destaca el autor más adelante en estos términos: "pero la innumerable multitud de signos con que los hombres declaran sus pensamientos se fundan en las palabras, pues toda esta clase de signos que por encima he señalado los puede dar a conocer con palabras, pero de ningún modo podría dar a entender las palabras con aquellos signos".

San Agustín hace, pues, una división fundamental entre dos grandes clases de signos. Hay signos que existen independientes de la voluntad humana, que son indicio exterior de algo, y que nos permiten una conclusión gracias a nuestra experiencia. Entre tales signos y aquellos de lo que son signo hay un nexo natural, una relación causal. Distinta es la situación en el caso de la palabra. Aquí la relación no es natural sino histórica. Una comunidad determinada combina una palabra con un contenido fijo. Hay un segundo grupo de signos naturales, como el quejido del doliente, que de por sí es manifestación natural de un estado físico o psíquico, signo de algo, pero que puede llegar a ser signo intencional *para* algo en caso de que se quisiera mover mediante él a otro a la acción, a socorrer al que sufre. En este caso constituye ya una transición a la clase de aquellos signos que se producen conscientemente en la comunicación. Entre ellos hay que mencionar los gestos y la mímica: un gesto con la mano que llama a la acción, un guiñar de ojos que establece una comprensión afectiva, un respingar la nariz que manifiesta una desconfianza o un juicio despreciativo. Los signos de esta clase, a diferencia de la palabra, se comprenden sólo gracias a las circunstancias en las cuales son producidos, reciben su sentido de una situación dada. La palabra, en cambio, puede producir por

sí sola una situación, puede alterar un estado de cosas existentes.

Finalmente, hay un grupo de signos, como las luces reguladoras del tránsito, las claves telegráficas, etc., que recibieron su significación en un determinado momento gracias a un convenio entre los hombres de atribuirle tal o cual función. Estos signos son señales, como el toque de la corneta, de significado arbitrariamente fijado, para influenciar el comportamiento de otros o para impedir que actúen. Se distinguen de la palabra en que son signos sustitutivos de ella, la cual era necesaria para darles su significado.

El carácter de la palabra, como signo, es distinto; ella, por lo general, no es el resultado de un convenio arbitrario, sino fruto de un proceso histórico. Ella tampoco tiene un significado unívoco, comparable al de las señales mencionadas, como lo revela el hecho de que una misma palabra puede tener diferentes significados en contextos distintos para indicar un objeto de nuestra experiencia, o puede ser ambigua, o de múltiple sentido, cuando se encuentra aislada.

Estas consideraciones le dan a la palabra, entre los signos propiamente tales —los signos *para* algo y no *de* algo— una posición aparte en el sentido de que todos los restantes signos artificiales son derivados de la palabra, del lenguaje fónico humano; presuponen su existencia, son meros sustitutos de ella.

* * *

Si la equiparación de la palabra con un signo no es del todo acertada, ¿será justificado, quizás ver en ella un símbolo? Aquí también surgen algunas dificultades si le damos al término 'símbolo' su significado tradicional. La palabra "cordero" evoca entre los miembros de la comunidad lingüística hispana la representación de un mamífero tierno que nos da carne y lana. La imagen del cordero en el arte cristiano coloca a este animal, exhibido a la contemplación, en otro conjunto de sentido, que comprende sólo quien ha

sido iniciado en el secreto religioso, en el mito, y entonces no importa a qué comunidad lingüística pertenezca, ni tampoco si lo llama agnus, cordero o Lamm.

Lo característico del símbolo es que un objeto representa una idea y que entre el objeto y la idea existe una semejanza que facilita el enlace nociónal entre una forma sensorial y un contenido ideal. Hegel (en *Estética* 1) define el símbolo como "una existencia inmediatamente disponible dada para la contemplación, la cual, sin embargo, no debe de ser tomada en sí misma tal como está presente, sino en un sentido más amplio y general". La comprensión de esta supuesta semejanza es el escollo de la interpretación del símbolo, la cual, si no ha sido fijada por una doctrina o tradición cultural, deja las puertas abiertas a posibilidades diversas. El color blanco tiene para nosotros el valor simbólico de la inocencia y pureza, mientras que para los chinos es el del luto, caso en que nosotros usamos el negro. El agua en el bautismo es símbolo de la purificación, lazo metafórico claro, pero la purificación no tiene que representarse necesariamente por el agua; puede hacerse también, como en otros cultos, por pasar sobre fuego o por bajar a una cueva. La diversa interpretación que las imágenes de la Divina Comedia han encontrado en el curso del tiempo, nos revela la dificultad de descifrar el símbolo en forma unívoca. Todos conocen el comienzo del Infierno, en que Dante nos narra que en la mitad de su vida se dio cuenta de que se hallaba en una selva oscura, porque había perdido el recto camino. Cuando trató de salir de la selva y subir a una colina iluminada por el sol, le salen al encuentro tres fieras que le impiden subir: una pantera (ital. lonza), un león y una loba. Cada una de las imágenes en estos versos tiene un valor simbólico: la selva es la vida pecaminosa, el encierro en el círculo oscuro de las pasiones; la colina es el monte de la virtud, del paraíso terrestre situado en un cerro en el purgatorio; su intento de subir significa su deseo de conseguir la salvación por sus propias fuerzas; la parte superior de la colina está ilumi-

nada por el sol, que es Dios, quien con sus rayos, que son la gracia iluminante, ayuda a quien aspira a la virtud. Las tres fieras que le cierran el camino y le hacen retroceder temerosamente, representan alegóricamente las tres pasiones que enturbian el alma humana, antes de que ésta se abra al raciocinio elevado, al intelecto, al conocimiento de la justicia divina: la pantera es interpretada entonces como la lujuria, el pecado carnal; el león, como el orgullo, la soberbia, la violencia, la fuerza ciega que se opone al derecho; y la loba, animal de un hambre insaciable, es el símbolo de la avaricia, del vehemente deseo de poseer lo que es de otros, de acumular bienes terrenos.

¿Será esto realmente el pensamiento de Dante o no habrá quizás detrás de estas imágenes —así se preguntaron ya los primeros exégetas— una alusión velada a la situación política de su tiempo? Entonces aparece una interpretación en el plano secular: la selva representa el orden moral y político desastroso en que se encontraba la Italia de Dante; la colina simboliza la aspiración a una restitución de Italia, como él mismo la insinúa en otros de sus escritos; el sol representa la suprema autoridad del emperador del Sacro Imperio. Las tres fieras, llevadas al terreno político, reciben también una nueva interpretación: la pantera, quizás porque su piel manchada hace difícil reconocerla en el bosque y a distancia, es tomada como el símbolo del fraude, vicio que destruye el vínculo de amor y amistad e hiere los lazos de parentesco; la personificación del fraude sería para Dante Florencia, su ciudad natal que lo desterró; el león representaría en este plano la potencia que orgullosamente se subleva contra el orden que el emperador del Sacro Imperio quiere establecer, la casa real de Francia y Carlos de Valois en especial; la lupa sería el pontificado de su tiempo, los papas simoníacos, con su insaciable avidez de bienes terrenos y poder político, y quizás encerraría una alusión directa al papa Bonifacio VIII, quien tuvo por emblema una lupa, símbolo antiguo de la ciudad de Roma, en su blasón.

Y como ya mencionamos la estatua de la loba en el Capitolio, veamos también las raíces de este simbolismo. Según la leyenda, Rea Silvia, sacerdotisa de la diosa Vesta, con voto de castidad, había dado a luz los gemelos Rómulo y Remo, cuya paternidad atribuyó al dios Marte. Expuso los niños a orillas del río Tíber, donde los amamantó una loba hasta que los encontró el pastor Faustulo, quien los recogió y los crió en su casa con su mujer Larentia. ¿Cómo pudo formarse esta maravillosa historia? Autores antiguos ya sospecharon su origen e insinuaron su explicación. Larentia, la mujer de Faustulo, era generosa en la concesión de sus favores a otros pastores, razón por la cual le dieron el nombre de lupa, que quiere decir meretriz, ramera. La posterior interpretación, o mejor dicho, reinterpretación del sobrenombre de la mujer de Faustulo, inventó el mito, la leyenda de la generosa loba que vino a amamantar a los niños expuestos. Así se formó el símbolo representativo de Roma. Se podrían citar más casos en que la interpretación fantástica condujo a la formación de un mito o a la creación de la leyenda de un santo.

Las imágenes de Dante pueden interpretarse en distintos planos de la realidad, de los cuales consideramos el moral religioso y el político, no tomando en cuenta otras explicaciones más que se les han dado. El símbolo, en virtud de una semejanza con lo representado, sustituye lo que representa. Tiene, tal como el signo, una forma física que se aprehende por los sentidos, pero el significado del símbolo no se percibe por éstos, sino que presupone un paso mental, mediante el cual se eleva a un nuevo plano que no es dado en la imagen sensorial. La loba es signo de un determinado animal y puede tomarse por símbolo de diferentes conceptos abstractos (avaricia, papado, Roma). El concepto abstracto es representado por una imagen visible y en esto reside el valor inmenso de los símbolos para la conciencia colectiva: en que facilitan el acceso a un contenido ideal por una forma sensorial.

* * *

Considerando el símbolo de carácter predominantemente representativo, en que se establece una relación de parecido entre un objeto material y un contenido mental, podríamos tener por símbolos, strictu sensu, sólo las palabras de carácter imitativo y pictórico, en que la fisionomía material, el aspecto fonético, participa de alguna manera de las cualidades del objeto o fenómeno que representa. La semejanza con el objeto aludido, basada en el lazo de la sinestesia, les da a las onomatopeyas un carácter icónico comparable al símbolo en el arte. La gran mayoría de las palabras, en la conciencia del hablante de hoy, carece de esta cualidad de semejanza material con el objeto o la acción señalados.

La palabra tiene un carácter mostrativo, indicador; el símbolo, un carácter figurativo, representador. Tanto en la palabra como en el símbolo pueden haber diferentes dimensiones, estratos superpuestos de significabilidad, directa, indirecta y metafórica de diversos grados: torcerse el pie, tomar algo al pie de la letra, el pie de león (una hierba). El diccionario toma en cuenta estos distintos estratos de significación cuando define, en nuestro caso del cordero: 1. "hijo de la oveja que no pasa de un año", en que la palabra tiene un carácter indicador; 2. "el cordero de Dios, el divino cordero Cristo", en que está la palabra en vez del símbolo, lo sustituye, y 3. "hombre manso, dócil y humilde", en que se trata de una metáfora de primer grado del primer significado.

La palabra es signo de algo por su carácter indicador, pero este algo puede pertenecer a distintos estratos de la realidad, tanto fenoménica como psíquica; y ser, por su parte, de nuevo, signo de otra cosa diferente (el estudio de la palabra más allá del primer grado metafórica es objeto de una poética o estilística)¹.

La palabra en general, hecha abstracción de las palabras imitativas, no es un símbolo, por carecer de una semejanza icónica, pero puede estar en vez de un símbolo, tal como puede estar en vez de

¹Cf. P. Hartmann, *Zur Theorie der Sprachwissenschaft*, Assen (van Gorkum), 1961, p. 171.

una señal, de una marca, de un síntoma o de un indicio. Se distingue además de los otros signos y de los símbolos en que, cuando la percibimos, no nos fijamos en su lado material, el cual es esencial para la aprehensión del símbolo, sino que mediante ella —la palabra— captamos inconsciente e inmediatamente su significado, sin que nos demos cuenta de su lado material². La palabra es, por consiguiente, un signo muy especial, en cuanto a su carácter funcional, su procedencia histórica y su papel en la vida mental del hombre, lo que hace aconsejable que se le conserve un término aparte: el de palabra³.

* * *

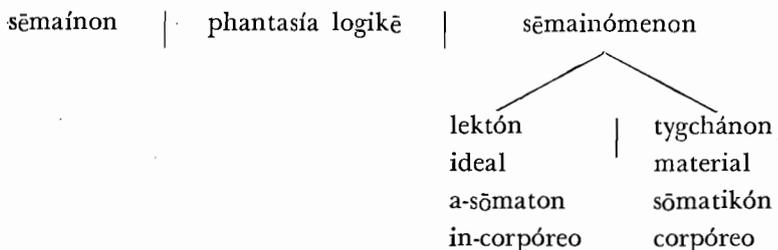
El signo lingüístico es definido por Saussure⁴ como la combinación de una imagen acústica con un concepto, en que la imagen acústica es llamada también significante, y el concepto, significado. Declara además que ambos términos implicados son psíquicos y están unidos en el cerebro por un vínculo de asociación. Con esto se excluye que el objeto del mundo exterior, que existe independiente del lenguaje y de la conciencia humana, sea el significado de la palabra. ¿Pero dónde debe buscarse entonces, en la representación psíquica subjetiva que los hablantes se hacen de este objeto o en la estructura semasiológica de una lengua dada? Para aclarar este punto conviene que previamente volvamos a la teoría del conocimiento de los antiguos estoicos, como lo hacen W. Bröcker y J. Lohmann⁵ en su teoría del signo lingüístico. Ellos distinguen cuatro estratos:

²Cf. A. Schaff, *Einführung in die Semantik*, Berlin (Verl. der Wissenschaften), 1966, p. 175.

³Cf. H. Gipper, *Bausteine zur Sprachinhaltsforschung*, Düsseldorf (Schwann), 1963, p. 32.

⁴F. de Saussure, *Curso de Lingüística General* (Losada), Buenos Aires, 1945, p. 129.

⁵W. Bröcker und J. Lohmann, *Vom Wesen des sprachlichen Zeichens*, Lexis 1 (1948), pp. 24-33.



El sēmaínon es el complejo fónico, la base material del signo o el portador de significación; la phantasía logikē, 'fuerza imaginativa o representación mental', es el acto mental de la coordinación, de la creación de una relación entre el portador de significación y lo señalado; en el sēmainómenon, lo señalado, distinguen un lektón, propiamente 'lo dicho', de lo cual afirman que no tiene más que una existencia ideal en la conciencia de los hablantes y que es a-sōmaton, incorpóreo, enfrentándolo con el tygchánon, propiamente 'aquello con lo cual se tropieza', el objeto real que encontramos en el mundo y lo llaman expresamente sōmatikón, algo corpóreo.

En esta teoría se hace una distinción de dos aspectos importantes del signo lingüístico que en el término español de significación suelen coincidir: 1º la función relacionadora del signo fónico (phantasía logikē), y 2º el contenido incorpóreo de una palabra (lektón).

¿Qué es lo esencial para la determinación del contenido (lektón) de una palabra: la representación subjetiva que los hablantes tienen, por ejemplo, de un árbol, o la estructura semasiológica de la lengua en la cual se usa el término?

| INGLES | ESPAÑOL | RUSO |
|--------|---------|--------|
| tree | árbol | dérevo |
| wood | madera | |
| | bosque | les |

El gráfico nos muestra que el español distingue un árbol de aquello de que está compuesto (madera) y de un conjunto denso de árboles en un espacio extendido (bosque). El contenido de la palabra árbol no es idéntico al de la respectiva palabra rusa *dérevo*, ya que ésta significa además madera, y el contenido (*lektón*) de madera no coincide del todo con el inglés *wood*, que abarca además el concepto de bosque. Cada palabra es parte de un conjunto de medios expresivos que cubren una determinada esfera de la realidad y su extensión y limitación significativa dependen de la presencia callada de estas otras palabras existentes en la conciencia de los hablantes. El conjunto de estos campos parciales constituye la estructura semasiológica de una lengua.

Un cuerpo fónico puede ser portador de varios significados; cuál de ellos el hablante intenta enunciar no lo revela en su aislamiento y singularidad, sino gracias a un contexto, sea éste meramente constituido por la situación en que se dice o por la compañía de otros signos en la unidad de sentido superior que es la oración, para cuya interpretación puede incluso servir de clave la entonación. Contexto, entonación y campo semasiológico sacan la palabra de su borrosidad y guían hacia su recta comprensión.

Al lado de esta delimitación objetivamente captable el significado tiene aún matices subjetivos e individuales gracias al grado diferente de cultura y a las distintas experiencias de cada hablante. Un barco 'significa' evidentemente otra cosa para el marinero que trabaja en el calor de las cámaras de máquinas que para el excursionista que goza placenteramente de sus vacaciones. Si el significado lingüístico no es idéntico para ambos, por lo menos lo es dentro de cierta extensión significativa, es decir, en cuanto a su carácter indicador hacia un objeto determinado. La palabra tiene un valor posicional objetivo en el sistema, no obstante todas las emociones y covibraciones subjetivas distintas. Si no fuera así, la comunicación se dificultaría, se haría hasta imposible.

El hecho de que la forma material no sea algo autónomo, sino

tan íntimamente fusionado con el significado, de modo que no nos demos cuenta de la materia en el fluir del discurso, sino sólo del contenido, no justifica ver en la realización del significado una mera asociación de dos unidades separables que puedan existir independientes fuera de esta unidad que forman el lenguaje y el pensamiento.

Tampoco es conveniente hablar de la arbitrariedad de la conexión de sonido y significado. Por cierto, el sonido no pertenece de un modo natural al significado; si no fuera así, no tendría un mismo objeto nombres distintos en lenguas diferentes. Pero no es arbitrario en cuanto a su relación con una comunidad lingüística dada, debido a su carácter histórico y social, habiéndose formado esta unidad como implemento mental en el proceso en que la respectiva comunidad ha aprehendido los fenómenos del mundo en que vive.

Si equiparamos el significado de la palabra a una representación en sentido psicológico, no damos con lo decisivo de su carácter funcional y colectivo. En efecto, a pesar de que la plasticidad de las imágenes de representación que evoca la palabra sea distinta de persona a persona, no por eso se menoscaba la comunicación. Esto hace evidente que no debemos buscar lo decisivo para la comunicación en la representación psíquica. La comparación del significado con un concepto es ya más adecuada, no obstante que el significado no abarca la totalidad de las características inherentes al objeto que debe incluir un concepto en sentido lógico. Además gran parte de las palabras autosemánticas, los verbos, no representan conceptos sino movimientos en el espacio. De todos modos la palabra 'árbol' posee, tal como el concepto árbol, una constancia significativa, mientras que los colores, las formas y finalidades de los árboles que uno conoce por experiencia y que uno se representa mentalmente son muy distintos.

El rendimiento de la palabra reside en aquella parte del significado en que coinciden los hablantes, en su carácter indicador y en

aquellas eventuales reacciones emotivas que frente a un objeto dado colectivamente comparten, porque la lengua es un fenómeno social de carácter objetivo y de una validez suprapersonal.

La explicación del acto de coordinación mental entre un cuerpo fónico y un contenido ideal como reacción a un estímulo o como un constante poner en relación adquirido gracias al aprendizaje y a la convención, o bien un acto creativo mental cada vez realizado de nuevo, es de menor importancia desde el punto de vista lingüístico y se puede dejar al criterio y a la discreción de cada uno, a su concepción del mundo, pues la significación se realiza en una esfera que es inaccesible a la observación directa.

En la palabra depende la parte ideal, el significado, de una parte material, el cuerpo fónico; esto es lo característico de todo fenómeno lingüístico: que dos estratos tan distintos de la realidad, algo material y algo mental, se condicionan mutuamente.

* * *

La palabra reemplaza al objeto y fenómeno en su ausencia y lo evoca en nuestra representación mental. La unidad de significado radica en el núcleo significativo intencional mediante el cual se alude a algo. Lo decisivo no depende de la plasticidad de la representación, la cual resulta de experiencias subjetivas y de la estructura de conciencia individual. Tampoco se puede buscar la unidad de significado en un medio extralingüístico, en el mundo fenoménico del cual proceden los estímulos que la reflexión humana selectivamente, en consonancia con sus intereses y necesidades elabora. La unidad de significado encuentra su determinación en la realidad de la lengua materna. Con el aprendizaje de ésta el hombre no adquiere solamente un instrumento para una actuación exitosa en su comunidad, sino también aprende a ver y valorar según sus medidas. Ella es una especie de molde que encauza su actividad mental en vías prediseñadas, colocándose entre su per-

cepción y su reflexión. W. v. Humboldt⁶, a quien la teoría del lenguaje debe algunas de las más penetrantes observaciones sobre el papel del lenguaje en la vida mental del hombre, explica esto así:

“En cada lengua hay una visión peculiar del mundo. Tal como el sonido se coloca entre el objeto y el hombre, así se sitúa la lengua entera entre él y la naturaleza que interior y exteriormente actúa sobre él. Él se rodea de un conjunto de sonidos para percibir un conjunto de objetos y asimilarlos”. Y en otra parte dice: “El hombre vive con los objetos principalmente, y —en vista de que sus sensaciones y su actividad dependen de sus representaciones— se puede decir, exclusivamente en la manera como la lengua se los entrega”. Sobre la subjetividad inherente a la comprensión del contenido de la palabra advierte Humboldt que “los términos para los objetos sensorialmente perceptibles tienen el mismo significado en cuanto que con todos ellos es pensado el mismo objeto; pero siendo así que ellos expresan la manera determinada de representárselos, discrepa al mismo tiempo su significado en este punto. En efecto, el influjo que ejerce en la formación de la palabra el parecer individual acerca del objeto, determina también, mientras esta visión permanezca viva, la manera en que la palabra evoca el objeto”. “La palabra no se forma de la percepción, no es una copia (Abdruck) del objeto en sí, sino de la imagen que ésta ha engendrado en el alma”.

Descubrir la imagen que la aprehensión de un objeto engendró en el alma del hombre cuando éste le acuñó un nombre, averiguar en qué rasgos salientes se fijó, cómo lo concibió, es tarea de la investigación etimológica. En teoría todos los nombres, en un principio, tienen que haber sido descriptivos. Esta suposición la confirma la necesidad que siente el pueblo de dar de nuevo a las palabras denominativas que han perdido su plasticidad en el curso del tiempo, un sentido gráfico y descriptivo. En la palabra alemana para

⁶W. v. Humboldt, *Über die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaus* (1836) [Claassen u. Roether], Darmstadt, 1949, p. 60.

diluvio Sintfluot, lit. 'marea inmensa', había caído en desuso la primera parte, el adjetivo sint, 'inmenso', y ya no se comprendía; entonces se le ocurrió a alguien reemplazarlo por una palabra fonéticamente parecida, Sünd (pecado), y decía Sündfluot, 'marea del pecado', procedimiento inmediatamente aceptado, porque así la palabra recibía de nuevo un sentido gráfico, decía algo.

La creación de nombres descriptivos se realiza bajo nuestros ojos, por decirlo así, constantemente de nuevo. El pequeño pájaro que al derretirse la nieve llega primero y se posa a orillas de los ríos se llama en español 'andarrío', por el lugar donde se halla, o aguzanieve, prop. auze (ave) de nieve, en que, por el procedimiento antes señalado, el auze, no comprendido ya como ave, fue reemplazado por aguza-nieve, relacionado con el picoteo del pajarito que evocó la idea de aguzar. Los franceses lo llaman, entre otras denominaciones, lavandière, porque está, como las lavanderas, a orillas de los ríos; los alemanes, Bachstelze, fijándose en la peculiaridad de que sus piernas son desproporcionadamente largas para un cuerpo tan pequeño y comparándolas por eso con zancos (Stelzen); los ingleses y los rusos dicen wagtail y trjasoguzka, respectivamente, advirtiéndole la peculiaridad de mover siempre la cola. Cada una de estas comunidades expresa, pues, en el nombre una peculiaridad que ha observado en el pajarito, o hace, como los franceses, una comparación pintoresca.

Otro ejemplo, la 'mariposa', que en España, Portugal (pousalouza, 'ponte en la losa'), Cerdeña (maríavolavola) y otras partes tiene su nombre de canciones infantiles, amplía más la escala de criterios bajo los cuales se puede denominar un objeto. En Alemania está muy difundida la creencia de que las brujas toman la figura de las mariposas y roban la crema de la leche. Por eso la llaman ladrona (Milchdieb), o encantadora (Molkentöfer) de la leche, chupadora de crema (Schmantlecker), bruja (boterhex), mujer (boterwif) o mosca (ingl. butterfly) de la mantequilla, y en otras formas parecidas. A esta misma creencia de que se trata

de una bruja se debe el nombre lisonjero que tiene en ruso: babočka 'abuelita'. En otras partes, en cambio, se basa la denominación en la impresión visual que da el aleteo rítmico de la mariposa, que es expresado fonéticamente mediante una reduplicación: italiano farfalla, antiguo alto alemán fīfaltra, latín papilio, ruso pérepel, etc. Impresiones ópticas y creencias populares le dieron tan diversos nombres.

En la luna vieron los romanos el cuerpo celestial que alumbraba luc-sna de lucēre 'brillar'; las denominaciones griega (mēn), germana (Mond) y eslava (ruso mesjac), en cambio, parten de la raíz verbal med- 'medir', la consideran "la que mide a través de sus fases el tiempo", por lo cual en muchas lenguas 'luna' y 'mes' son la misma palabra.

¿Cómo se concibió el hombre a sí mismo? ¿Expresarán los nombres que se dio algún rasgo característico de su ser? La denominación griega de ánthrōpos ha sido explicada relacionándola con ánō-ōps, 'el que mira hacia arriba, hacia las alturas', debido a su andar erguido, en oposición a los cuadrúpedos, que fijan su vista en el suelo. Es, sin embargo, fonéticamente más convincente la explicación de H. Güntert⁷, 'el de la cara barbuda', de anthr(o)-ōpos, derivando la primera parte de anthérīx, lo que coincidiría además con una innovación en el latín balcánico donde homo, en la acepción de 'adulto de sexo masculino' fue reemplazado por barbatus (rum. bărbat), oponiéndolo al no adulto, a las mujeres y al eunuco. En latín 'homo' de humus, 'el suelo, la tierra', refleja la creencia de su origen en o su vuelta a la tierra, como en hebreo Adán de adamah, 'tierra'. Alemán Mann (inglés man) y Mensch, siendo este último una derivación adjetival del primero (mannisko), viene de una raíz men-, 'estar excitado, reflexionar, pensar'. Un significado concreto de esta raíz está conservado en el griego menós, 'ánimo, valor, empuje, furor, saña'. El hombre sería enton-

⁷H. Güntert, en *Sitzungsberichte der Heidelberger Akademie*, phil. hist. Kl., 1915.

ces el que se destaca por su excitación, por su valor, fuerza y saña. La denominación rusa de *čelovék*, de *čelo* (superioridad) y *vék* (fuerza), aludiría al que posee la fuerza en un grado superior, oponiéndolo a las mujeres y a los niños.

En el acto de dar un nombre a un objeto el creador de la palabra manifiesta en ella la impresión que aquél le ha hecho y vierte a menudo en su concepción e interpretación las fuerzas de su raciocinio y las vibraciones de su emotividad. Goethe expresa esto bellamente en el prólogo de su Teoría de los colores, cuando dice: "Cada mirar se transforma en un contemplar, cada contemplar en un reflexionar y cada reflexionar en un relacionar, de modo que podemos decir que en cada mirada atenta ya empezamos a teorizar sobre el mundo".

Todo concepto abstracto tiene su núcleo significativo en una situación concreta, o, como decían los escolásticos: "nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu". Una palabra como escrupulo tiene su origen en la representación de una piedrecita (*scrupulum*) usada para pesar la vigésima parte de una onza, y se refiere primero a la honestidad del comerciante que da el peso justo a su cliente, ampliándose desde allá a la exactitud concienzuda en el cumplimiento de los deberes también en otras esferas de la vida.

Gracias a la palabra, en el proceso abstractivo el hombre puede abandonar más y más la representación de rasgos imaginarios, sensoriales, y elevarse a las ideas privadas de toda imagen representacional.

* * *

El significado de la palabra tiene sus raíces en las profundidades de la misteriosa alma humana y refleja la vida con sus deseos, sentimientos, anhelos artísticos y esfuerzos de lógica. No es sólo un medio para comunicar pensamientos y hechos, sino que es tam-

bién, como lo formula G. Bonfante⁸, "un medio artístico para la extrinsecación de los sentimientos, de la imaginación y fantasía", obedeciendo al impulso de exteriorizarse. El hombre no habla sólo por necesidad, sino también, quizás en grado mayor aún, porque le gusta. Le agradan las bellas imágenes, las comparaciones atrevidas. El lenguaje es poesía, creación en libertad, y todo hombre, en mayor o menor grado, es un artista. El que pisó el barrigudo hongo bejín y, al salirse las esporas en forma de una nubecilla parda oscura, lo llamó "pedo de lobo", era un poeta, como eran aquellos que nombraron ciertas plantas por primera vez: toritos, frailillos, cornudillas, uñas de gato, etc. El latino que primero decía, en vez de caput, testa, 'tiesto, vasija', llamó la atención y evidentemente obtuvo el aplauso de los demás, pues ella reemplazó en Francia al gastado caput. Pero lo que al principio fue un juego poético dejó de serlo cuando caput no estaba ya presente en la mente de los hablantes; entonces perdió testa su carácter de metáfora y llegó a ser una mera denominación directa, pálida, carente de expresividad, por lo cual el francés que quiere hoy lograr un efecto parecido al de su antecesor romano, tiene que recurrir de nuevo a otras comparaciones y a la tête llamarla ciboule (cebolla), caboche (tachuela) o emplear otras imágenes.

La fuerza poética que se revela en estas comparaciones es un móvil constante para la creación de nuevas denominaciones y uno de los factores más importantes en el cambio de significado de las palabras. Toda creación lingüística está entretejida de metáforas. Hablamos del 'correr' del tiempo, de que tuvimos que esperar 'largo' rato, de que 'suben' los precios. En la elección de que se sacan preferentemente las comparaciones hay, fuera de las partes del cuerpo, que sirven en todas partes de puntos de comparación, notables diferencias nacionales, según las preocupaciones y predilecciones de cada comunidad. Para los griegos las proporcionó en

⁸G. Bonfante, *Semantics Language*, en *Encyclopedia of Psychology*, Ed. by Ph. L. Harriman, *Philosophical Library*, New York, 1946, pp. 838-870.

gran número la navegación marítima y los juegos atléticos, el agón; para los romanos, la agricultura y la guerra. Un concepto tan abstracto como 'el azar y el destino', lat. fors, significaba el rendimiento de los campos, la cosecha, porque éstos dependían de circunstancias ajenas a la voluntad del agricultor: del tiempo, de tormentas, de incendios. Era su destino.

En la metáfora hay una actuación juguetona y caprichosa con los medios lingüísticos disponibles. Ella obedece a vibraciones afectivas, pero nunca carece del todo de una chispa lógica. De otra manera no se entendería la comparación. Dice Goethe en el capítulo v de la doctrina de los colores: "Uno nunca considera suficientemente que una lengua, en sentido estricto, es sólo simbólica, sólo metafórica (bildlich), que ella nunca expresa los objetos inmediatamente, sino sólo a través de su reflejo (en el alma)".



Es una conquista del pensamiento racional griego el haber descubierto que las palabras no son más que signo para los objetos, que su única función es señalarlos, conocerlos en la mente, y que la naturaleza de las cosas no es afectada por la palabra. En la mentalidad primitiva, según lo muestra el análisis de la estructura de un idioma, por ejemplo el de los aborígenes ARANDA en Australia, el hombre se siente envuelto en el acontecer de su alrededor, no ha cobrado aún conciencia de su propio valor, está a la merced de fuerzas ajenas. En tales condiciones no es sino natural que vea detrás de las cosas y fenómenos fuerzas sobrenaturales, que los crea animados por espíritus. Su único intento es reconocerlos, no contrariarlos y, si es posible, dominarlos.

En las cuevas prehistóricas de España y de Francia encontramos cuadros de animales de caza en movimiento ejecutados con una naturalidad admirable. La finalidad de estas representaciones figurativas era encadenar mágicamente el animal para que la futura

caza fuera exitosa. Con el mismo fin, indígenas australianos dibujan animales de caza en la arena y los perforan en ceremonia solemne con el dardo. Un efecto parecido puede lograrse cuando se representa en movimientos pantomímicos el animal, y se realiza la matanza en forma simbólica. Las representaciones pantomímicas son el origen de los rituales de encantamiento y de las ceremonias y bailes de fertilidad.

Pero en vez de la imagen o de la mímica imitativa puede usarse también el nombre, pues entre la cosa y su nombre hay, en esta mentalidad, una conexión secreta de efecto. Como el nombre es parte de lo nombrado, se obtiene, mediante éste, efecto sobre aquél.

En la cuenca del Mediterráneo se encontraron miles de pequeñas planchas datando del siglo IV antes hasta el siglo V después de Cristo, en que se había rasgado en fugaz escritura cursiva sobre el plomo un nombre y una fórmula mágica para entregar al nombrado a los 'dii inferi', para producir su muerte, o, por lo menos, cuando se trataba de un competidor en un campeonato, para paralizarlo, hacerlo inválido para la actuación.

Entre los campesinos persiste el temor de nombrar a animales dañinos, pues el proverbio alemán dice: cuando se menciona al lobo, viene corriendo. Por ese motivo se refieren a él con términos velados, como 'palo gris' (Graustiel) o en Mecklenburgo, con 'compadre' (Vaddermann), y a la mustela, que es considerada venenosa y dotada de poder demoníaco se le habla con nombres lisonjeros y de parentesco: español 'la mona', 'la comadreja'; alemán 'virgen-cita bonita' (Schönjüngferchen), 'pequeña tía' (Mühmelein), etc.

La suposición de que el nombre participa de las propiedades de la cosa nombrada conduce en la creencia popular a un interrelacionar muy extraño. Se contó de algunas regiones de Alemania la costumbre de que los campesinos, cuando sufrían de falta de sueño (Schlaf), colocaban al lado de su cabeza, en la almohada, el hueso temporal (Schläfe) de un animal, porque se asociaba la palabra Schläfe con la de Schlaf, que suenan en forma parecida.

En comarcas de Francia se invoca en caso de gota o de tumores en la rodilla (genou) a Saint Genou, un santo que en su vida se llamaba Genulpus, palabra que fonéticamente había dado genou.

Los germanos llamaban al médico, antes de que entrara del latín tardío la palabra Arzt, lachi, el conjurador, y hace poco no había desaparecido del todo la costumbre en Westfalia de llamar, en caso de una enfermedad, a una mujer que le hable (besprechen) a la enfermedad, conjurándola que salga del cuerpo.

La palabra tiene una fuerza conjuradora, por lo cual hay que usarla con el respeto más grande, ante todo cuando se quiere interferir con ella en la esfera de lo sagrado o de lo demoníaco. En fórmulas de encantamiento y en oraciones solemnes se observa con la mayor escrupulosidad posible la elección de palabras y su orden, pues, si reemplazáramos una palabra por otra o si alteráramos su secuencia en la oración, perdería el encantamiento su efecto mágico. Tribus de pigmeos en Africa usan en sus ceremonias religiosas un lenguaje que ellos mismos ya no entienden, pero afirman que tienen que rezar en esta forma porque así lo habían hecho sus antepasados. Para ayuda de la memoria las fórmulas de conjuro germánicas, los indigitamenta y canciones de los sacerdotes romanos y textos sagrados de otras religiones suelen tener forma rítmica o melodía y son recitados con voz profunda, de acuerdo con el respeto a la divinidad y la solemnidad del momento.



A la indicación de algunas características de la palabra le falta algo esencial para todo intento de definición si no mencionáramos aun, para terminar, sus orígenes en la evolución psíquica del hombre. El lenguaje remonta a modos preintelectuales de reacción, a la coordinación de percepción y movimiento, al unísono de la actividad del ojo y de la mano. La forma originaria de la comunicación son los sonidos naturales, que arrancan del pecho en

tensiones anímicas extremas, en dolor, rabia y alegría. Son reacciones automáticas a estímulos recibidos y forman el eslabón intermedio entre los procedimientos comunicativos del animal y del discurso humano. Después de una borrosidad fónica inicial, como en español ay, al. au, empieza una estilización y fijación del cuerpo fónico, gracias a lo cual pueden entrar en la lengua escrita el español guay y el alemán wehe. La constitución fonética poco diferenciada permite para una serie de interjecciones primarias una interpretación ambigua; entonces es la entonación la que da la clave si en alemán ah! se trata de una expresión de una sorpresa agradable o dolorosa, de conmiseración o de satisfacción. Con la interjección, brotada de una reacción a impresiones procedentes del medio ambiente, puede expresarse también un juicio valorativo acerca de lo percibido, como en español ¡puf!, alemán pfui!, lo que hay que imaginarse acompañado al principio por un gesto en que se extienden las palmas de las manos abiertas hacia adelante en ademán de rechazo. La interjección pst, mediante la cual se quiere hacer callar a un grupo de personas, cumple con la función de un imperativo. Las interjecciones en comunidades de escaso desarrollo son aún muy numerosas; en las grandes lenguas culturales, en cambio, donde se han establecido normas sociales más racionales y en las que la conducta del hombre se dirige más por la corteza cerebral que por su tronco, sede anatómica de los afectos fuertes, las interjecciones han sido puestas al margen del lenguaje. El hombre expresa sus sentimientos en actitud dominada, mediante los medios simbólicos corrientes de que dispone su sistema lingüístico. Pero las interjecciones constituyen, provistas de los medios flexionales de la lengua, más tarde desarrollados, sin duda la base para una parte del tesoro lexical de ella.

Una segunda raíz debe buscarse en el acompañamiento fónico de una intención de actuación. El deseo se abre camino en el gesto indicador. El movimiento del brazo en dirección a un objeto o en vista a una acción, es acompañado por golpes casi reflejos de la

punta de la lengua contra los incisivos superiores, los alvéolos o el paladar duro. El sonido oclusivo dental o palatal resultante de ello se encuentra aún en los pronombres personales de la mayoría de las lenguas indoeuropeas. Aquí está el punto de partida de los medios de orientación espacial del lenguaje, de los pronombres personales y de la capa más antigua de los adverbios de lugar.

Al lado de los gestos indicadores, orientadores, manifestaba el hombre primitivo su deseo en una mímica imitativa y representativa. La comparación con el sordomudo de nuestros días no es del todo acertada, en cuanto que el miembro de la horda ya producía sonidos, pero muy instructiva en cuanto a los ademanes mismos. La representación imitativa de un objeto por un abrir ampliamente los brazos se acompañaba por una abertura grande de la cavidad bucal, en la cual, la respectiva posición de la lengua, el acercamiento de su postdorso al velo del paladar, determinaba la impresión acústica; el estrechamiento de los brazos, el plegar de las manos o un movimiento respectivo de los dedos, se acompañaba por un angostamiento de la cavidad bucal y un acercamiento del predorso de la lengua al paladar duro; por eso las vocales velares, características de lo grande: gross, grande, grandote, large, bolšoi, etc., y las vocales palatales i, e, para lo pequeño: chico, chiquito, niño, petite, little, klein, etc. El poner en relación las percepciones acústicas con determinadas percepciones de colores es una experiencia muy confirmada. Por eso la combinación de los sonidos palatales i, ü, ö, con un tono alto y un color claro, y de las vocales u, o, con un tono bajo y un color oscuro. Las restantes vocales se encuentran en posición intermedia. También las consonantes participan, aunque en medida más restringida, de estas cualidades. Las consonantes dentales y alveolares articuladas en un lugar cercano a la i palatal, sirven preferentemente para señalar lo pequeño. Las consonantes velares, con un lugar de articulación cercano a la u velar, para lo grande. Las investigaciones realizadas en los últimos decenios en Alemania y en Estados Unidos confirman experimental-

mente que, en cuanto al simbolismo fónico, es decir, a la participación del sonido en cualidades de forma de lo señalado, no se trata de un fenómeno limitado a algunas pocas culturas, emparentadas por una procedencia étnica común, sino de un principio general de imitación basado en el mecanismo psicofísico del hombre.

La cuarta raíz natural de la palabra, la asociación de un sonido percibido con el objeto que lo produce, la señaló expresamente Herder⁹. Dice que "el primer diccionario fue compilado de sonidos del entorno; de cada sonante sonó su nombre; el alma humana le imprimió su imagen, lo pensó como signo de referencia. El tono tenía que significar la cosa tal como la cosa daba el tono. El niño no llama oveja a la oveja, sino la que bala (cf. alem. me; catal. bè) y así transforma la interjección en un verbo". Un ejemplo sería el grito ronco del cuervo, hrab, que le da su nombre: alem. Rabe, ingl. raven.

En la interjección emocional se ahoga el hombre en una tensión interior; en el gesto indicador llama a sus semejantes a la acción, a la colaboración, los orienta, les da órdenes; en los ademanes descriptivos de la pantomima representa objetos, expresa cualidades. La circunstancia en que se emitía la interjección emotiva, en la que tenían lugar los ademanes descriptivos, ayudaba a adivinar su significado. El gesto dirigido hacia un objeto, por ejemplo, que algo debía sacarse de una parte, era acompañado de movimientos instintivos automáticos de la lengua y de la mandíbula inferior, lo cual producía un complejo fónico. Gracias a este agregamiento constante de este complejo sonoro, que no era más que un fenómeno concomitante del gesto a una acción o un objeto determinado, se formó un enlazamiento fijo de la secuencia de sonidos con el objeto o la acción en la conciencia de los hablantes. Esta conexión se consolidó de tal manera que la combinación

⁹J. G. Herder, *Abhandlung über den Ursprung der Sprache*, Berlin, 1772.

de sonidos, acompañada al principio aun por el gesto, produjo la representación mental y con ella también el efecto, aun cuando el objeto a que se refería no estaba presente; y cuando, finalmente, se dieron cuenta de que los sonidos producían un efecto incluso cuando el ademán no era visible, como puede haber ocurrido en la oscuridad o a gran distancia, se menguó el ademán en un movimiento confuso que finalmente se suprimió del todo.

* * *

Así nacieron la palabra y el simbolismo, que abrieron un abismo entre el animal y el hombre, que ninguna teoría de evolución ha podido franquear por eslabones intermedios. El animal interpreta un objeto como signo, por ejemplo, de un peligro, en cuanto éste tenga una relación inmediata con sus necesidades vitales. Pero no puede dar un paso más allá, comprendiendo que hacerle muecas a alguien significa burlarse de él. La palabra lleva a la conciencia una cosa, la trae a la cognoscibilidad, permitiendo elevarse de la imagen visual a la idea abstracta. El descubrimiento del simbolismo es la condición previa de la formación de las ideas. Ambas tienen que haber tenido lugar a un mismo tiempo, y constituyen el paso decisivo hacia el ser del hombre. Una vez hallada la relación entre un complejo fónico y un significado, podrá seguir desarrollándose en forma arbitraria. La palabra es el sostén de la representación psíquica y del pensamiento, forma el pilar del saber humano, haciendo disponible el pasado y las experiencias de otros, eximiendo del esfuerzo de empezar cada vez desde un principio. Con la palabra y el símbolo se libera el hombre de su medio ambiente y puede actuar por motivos ajenos. Gracias a la palabra se sustrae de la presión del aquí y del ahora, en la cual queda encadenado inexorablemente el animal, y adquiere una existencia dirigida hacia la acción y el futuro.